

de que si los españoles venian á su pueblo, les abririan las puertas de su fortaleza y la entregarian al Virey.

A esta repulsa, enojados los mensajeros enviados por los cascanes de Juchipila, trataron á los del Teul de cobardes y esclavos de los españoles, y se fueron á inquietar á los Caciques de los pueblos que estaban en las barrancas del rio y sierra de Tepec. Dice esta relacion citada, que habia en el Mixton cien mil enemigos (sin contar niños ni mujeres) para la defensa y para resistir al ejército del Virey, todos con mucha prevencion de armas y piedras arrojadizas, amenazando hácia el Oriente, y diciendo que habian de acabar á los españoles y al Virey; despues habian de ir á México á hacer que los españoles se fueran á España, añadiendo con desvergüenza, que de esta vez volverian á recobrar sus tierras que les tenian usurpadas los castellanos. Conociendo el Virey cuánto importaba hacerse dueño del Mixton, y que si se detenia en irlos á batir creceria más el número de los enemigos, hizo junta de guerra, y dispuso que el ejército marchase desde el pueblo de Apotzol para el Mixton: lo cercó en bella disposicion, plantó la artilleria enfrente de la mayor albarrada, y repartió sus cuarteles por los parajes más convenientes. Salió el Virey á caballo y visitó los reales, animando

á los capitanes y soldados, y exhortándoles á que peleasen con el mayor brío, porque en la toma del Mixton consistia la pérdida ó ganancia de toda la Nueva España; que se previniesen con el mayor cuidado, porque al otro dia de mañana se habia de dar el asalto. Descansó la tropa aquel dia, y le gastaron en apercibirse, y á la mañana siguiente se fué todo el ejército al real del Virey á oír misa, la que dijo D. Pedro Malaber, Dean de Oajaca, que despues fué obispo del mismo reino de la Nueva Galicia. Traía el Virey, á más de los clérigos capellanes de su ejército, algunos religiosos de las tres Ordenes, de nuestro Padre Santo Domingo, de nuestro Padre San Francisco y de San Agustin, con quienes tenia consejos de conciencia para hacer la guerra con toda justificacion. De la Orden de San Agustin iban los padres fray Francisco de Villafuerte y fray Francisco de Salamanca: no se sabe á punto fijo los apellidos y nombres de los religiosos de las demás Ordenes. Se hicieron los requerimientos acostumbrados; y viendo que se negaban totalmente los rebeldes á todas las proposiciones de paz, se comenzó á batir vigorosamente la fortaleza, y los enemigos se defendian arrojando multitud de flechas y piedras que causaban bastante daño á los indios amigos y á algunos de nuestros soldados, pues hubo muchos heridos

en este primer ataque; y aunque la artillería bramaba y fué bien manejada, no pudo hacer mella en aquellas rocas ni alcanzarles, y así cesó el combate y se empleó lo restante de este día en curar á los heridos. Al otro día se puso la artillería en un paraje más cercano á las avenidas del cerro, y se acometió de nuevo con mayor tesson á las primeras trincheras. La artillería hizo todo su efecto, por estar más en proporción de su puntería y causó un gran destrozo en los enemigos, que caían abajo hechos pedazos. Se peleó valerosamente de una y otra parte; y sin embargo de que no se pudo ganar una pulgada de terreno, murieron algunos millares de rebeldes en este avance. Acordóse que ya que era imposible ganarles aquella fortaleza, sería mejor tenerlos cercados y rendirlos por hambre, siendo así que por su muchedumbre no tardarian en experimentarla, y no dejarían muchos de los conjurados en volverse á sus pueblos. Así fué, porque muchos indios de los pueblos comarcanos que no habían venido con intención de pelear sino de robar el campo de los españoles en caso de vencerlos, abandonaron el Mixton al ver la tardanza del cerco. Los que quedaron en el Mixton, para suplir esta desercion, enviaron otra vez mensajeros á los del Teul, diciéndoles que si eran tan valientes como decían y no querían pasar por

cobardes, que viniesen á probar sus fuerzas con los españoles. Picados los del Teul, por no llevar la fea nota de cobardes, salieron de su pueblo en número de dos mil, mandados por su Cacique, y fueron al Mixton, diciendo á los rebeldes, que bien se conocía su valor, pues en lugar de ir á acometer á los españoles en sus reales, se estaban escondidos en sus riscos y breñas; que no era esto pelear, sino quedar encaramados en sus peñas; que verían si ellos eran cobardes ó no. Dicho esto, se bajaron los indios del Teul muy galanes, y en buen orden se llegaron hasta el real del Virey y le rodearon. Los centinelas, que no conocieron la intención de este refuerzo de los enemigos, avisaron con tiempo; y así el cuartel de soldados que guardaba la tienda del Virey, puesto en orden marchó hacia esos indios valientes y atrevidos: trabóse una escaramuza tan brava, que puso al Virey en grande aprieto; mas como luego se conoció que aquellos indios se habían movido, no por faltar á la lealtad que profesaban á los españoles, sino por volver por su honor y hacer alarde de su valor, y por esta razón disparaban sus flechas á lo alto, con facilidad se aseguraron del Cacique é hicieron prisioneros á algunos indios, y los que no pudieron se subieron al Mixton y dijeron á los empeñados: ¿Ya veis como somos valientes? ¿por qué no

hacéis como nosotros, y no os quedais metidos en vuestras breñas? A que respondieron: Mucha valentia es esta, pues no volveis tantos como habeis ido á la pelea: ¿adónde dejásteis á vuestro Cacique y á los demás que faltan? Corridos los del Teul, dijeron que allá se habian quedado con el Virey y su amo Don Juan Delgado.

Los españoles llevaron al Cacique y demás prisioneros á la presencia del Virey, á quien éstos dieron cuenta del motivo que habian tenido para hacer causa con los rebeldes contra los españoles, á instancia y ruego de los alzados; y que porque se habian negado á ayudarles, los trataron de cobardes, y para que conociesen que eran más valientes que ellos, habian venido á acometer su real, no con ánimo de ofender á los españoles, á quienes tenian siempre por amigos, pues esto lo habian visto, puesto que no habian herido á ninguno; que esta era la verdad. Y derramando el Cacique muchas lágrimas, pidió perdon al Virey por su atrevimiento, y le rogó no lo mandase ahorcar, sino que le enviase á sacar oro. Compadecido el Virey del Cacique, y pareciéndole bien sus razones, le perdonó y envió á su pueblo con su gente: mandó vestirle, y agradecido el Cacique, le participó á su excelencia cómo el Mixton se habia despoblado, y le avisó de una vereda ó callejon por donde se podia entrar con seguridad y

ganar el Mixton con poco trabajo. Marchó luego el Cacique del Teul con sus indios para su pueblo, y más aficionado á los españoles, dió prontamente sus disposiciones para que no se alzasen sus vasallos, y mandó volver cuanto ántes á los que se habian subido al Mixton.

Al cabo de un par de semanas que nuestro ejército tenia sitiados á los rebeldes en el Mixton, quiso el Virey tomarle, valiéndose de la noticia que el Cacique del Teul le dió de esta entrada. Por ella hizo subir poco á poco á los indios amigos y un cuerpo competente de españoles, colocando su artilleria, aunque con trabajo, en parajes oportunos, y su excelencia se quedó con la mayor fuerza á la entrada para socorrer á los que se arriesgaron á subir por aquellas breñas. Apenas divisaron los rebeldes á los nuestros, ya empeñados en toda aquella entrada falsa, cuando cargó una multitud de ellos á defenderla. Por fortuna se habian podido colocar dos piezas de campaña en sitio proporcionado, y por otras dos partes nuestro ejército comenzó á batir la fortaleza, y á un tiempo las piezas de campaña bien servidas barrian filas de indios. El combate fué muy vivo en lo alto de la entrada; y aunque la matanza era grande en los rebeldes, eran tantos los que se remudaban y venian á pelear de refresco, que cansados nuestros soldados de matar indios y acosados del calor del

sol, porque este combate fué al medio dia, les fué forzoso suspenderlo por algun rato, y se retiraron todos los nuestros al real del Virey, quien estaba á la boca de la entrada. Descansó algunas horas la tropa, y volvió, de orden de su excelencia, á dar el asalto por el callejon señalado por el Cacique del Teul. Fué tan concertado este ataque, y con tanto valor peleó cada soldado, que hicieron retirar á los rebeldes á lo alto del cerro, haciendo en ellos una carnicería considerable. Fueron destruidas sus trincheras y desalojados los enemigos: el Mixton se ganó al cabo de dos horas de combate. Infinitos indios enemigos murieron en estos dos ataques, y los demás evacuaron el Mixton, huyendo precipitadamente por los llanos á refugiarse en los montes mas cercanos. Como se consiguió esta grande y milagrosa victoria sin que faltase de nuestro ejército español alguno ni indio amigo, se entendió, por relacion de Juan del Camino y Romero, que fué el apóstol Santiago quien favoreció á nuestras armas. Dice así la relacion:

Un mancebo, llamado Juan del Camino, sobrino del capitan Juan del Camino, fué á dar agua á su caballo por aquella parte adonde los indios del Teul habian dicho que estaba la entrada; y así que hubo bebido el caballo, estuvo mirando por dónde era, y vió en lo alto del

Mixton un hombre en un caballo blanco, con una banderilla en la mano y cruz roja en el pecho, el cual le dijo: Por ahí está la entrada, soldado.

« Y Juan del Camino subió por un callejon: habiendo llegado junto al del caballo blanco, le dijo: Llano está esto; arremetamos á los enemigos de Dios; Santiago y á ellos, y los ángeles sean con nosotros; y arremetieron á ellos. Habiasido Romero á caballo tras de Juan del Camino á ver adónde iba, y como no le halló, se fué por el rastro, y entrando por el callejon, subió á lo alto del Mixton, y vió á los dos matando é hiriendo á los enemigos como leones, lo cual visto por Romero, y la matanza que hacian el del caballo blanco y Juan del Camino, se metió entre ellos peleando y haciendo lo propio. En esta ocasion estaba el Virey comiendo con todo el ejército, y oyeron el tropel y gran ruido que habia en lo alto, y viendo que los enemigos se despeñaban, se armaron todos y fueron á ver lo que era, y habiendo subido, arremetieron los de á pié y á caballo y fueron á buscar la entrada, y el del caballo blanco les dijo: Por ahí, soldados, y entraron todos y vencieron á los que estaban en el Mixton, y el caballero del caballo blanco se metió en la tropa de los que andaban á caballo, y no le vieron más. Murieron en lo alto más de diez mil indios, y se des-

peñaron casi otros tantos, entre chicos y grandes y mujeres, y cautivaron más de tres mil, y se pusieron en huida más de diez mil, y estos fueron los que habitaban por aquellas barrancas, que habian ido más á robar que á pelear, si acaso alcanzaban victoria sobre los españoles.

« Habiendo averiguado el Virey el caso, y conociendo que no podía haber conseguido esta victoria sino ayudado del cielo, y que fué el apóstol Santiago el que destruyó á los enemigos, mandó llamar á todos los sacerdotes de su ejército, y juntando todo su campo se hizo una procesion devota y muy solemne, cantando el *Te Deum* en accion de gracias; y en memoria de tan gran beneficio recibido del patron de las Españas, se puso por nombre al Mixton el de Santiago. » El venerable padre Fr. Antonio de Segovia, apóstol de aquellos indios, fabricó en él una capilla con la advocacion del glorioso apóstol Santiago, la que con el discurso del tiempo se cayó, y este cerro se quedó con el nombre antiguo que tenia, sin que continuase á llamarse Santiago del Mixton, sino Mixton sin aditamento. Pusiéronse los cautivos á buen recaudo, y al cabo de unos cuantos dias que se dió de descanso al ejército, por haber sabido entretanto el Virey, que muchos de los enemigos que se escaparon del Mixton, juntos con otros de las barrancas inmediatas, que

serian más de treinta mil, se habian empeñado en el peñol de la barranca del rio Grande, que está junto al pueblo de Tepeaca, que era encomienda de Cristóbal Romero, determinó ir á desalojarlos para acabar de una vez con las reliquias de este peligroso alzamiento.

Partió el ejército del pueblo de Juchipila, y fué por el rio abajo hasta llegar adonde se juntan los dos rios, el Grande y el de San Cristóbal: allí asentó el real el Virey en un pueblo que hoy se llama de San Cristóbal, situado entre los dos rios, y cerca de una barranca que á poca distancia de un camino trabajosísimo remata en un peñol llamado de Tepeaca, por un pueblo de este nombre que está por otro lado junto á la barranca. Informóse el Virey desde el pueblo de San Cristóbal, si en efecto estaban en aquel peñol tantos enemigos como se decia, y supo que no habian quedado indios en las poblaciones de aquellos rios, y que todos estaban empeñados en el peñol de la barranca, y entre ellos muchos cascates de los que escaparon del Mixton, componiendo entre todos el número de unos treinta mil indios. Envió el Virey algunos capitanes con sus compañías para reconocer el estado de aquella fuerza. El capitán Miguel de Ibarra y Cristóbal Romero, que era encomendero de aquellos pueblos, tuvieron orden de ir á desalojar los enemigos con doscientos es-

pañoles y mil indios amigos; el grueso del ejército se quedó con el señor Virey para acudir á la defensa de su persona, y á quanto se pudiese ofrecer, por ser la tierra muy fragosa, doble y la más áspera de la Nueva Galicia. Llegó el capitán Miguel Ibarra al pueblo de Tepeaca y su peñol, que distaba tres leguas del campo del Virey, habiendo marchado por malísimo camino: puso cerco al peñol, con intencion de acometer al día siguiente á los enemigos; pero á media noche, Cristóbal Romero jugó la misma treta que Miguel Ibarra para no destruir los indios que eran de su encomienda, enviándoles á avisar que se fuesen si no querían perecer seguramente; y ellos, á favor de la oscuridad de la noche, salieron del peñol. Al amanecer, Miguel de Ibarra acometió el peñol con su tropa, lo entró y ganó sin la más leve resistencia, porque no halló en él enemigo alguno. Luego que supó el Virey el caso se encolerizó tanto, que mandó prender á Cristóbal Romero, y sustanciada la causa lo sentenció á muerte, y ya le iban á colgar de un mezquite, pero le hubo de perdonar en atencion á que se interesaron por él el teniente gobernador Cristóbal de Oñate y los personajes más principales del ejército. Salió el Virey del río y pueblo de San Cristóbal, y se encaminó con su campo para el peñol y valle de Aguacatlan, porque le habian informado que los

indios rebeldes de casi toda la provincia de Compostela estaban allí empeñolados: repugnaban los soldados la continuacion de esta guerra, porque como tenian de repartimiento más de cinco mil esclavos, deseaban volver á México á fin de disfrutar las conveniencias de su servicio; pero el señor Virey, que intentaba dejar de una vez pacificada toda la Galicia, y aun se decia habia de pasar á Culiacan, y volver despues á la provincia de la Purificacion con el fin de allanarlo todo de una vez, hizo pasar el río á su ejército y lo condujo para el pueblo de Azatlan: fué á dormir aquel día al pueblo de Tequistitlan, que será casi de mil indios, los que salieron á recibirle de paz y hospedaron muy bien al ejército, esmerándose Cristóbal Romero, que era encomendero de aquel pueblo, en obsequiar al Virey. Allí se detuvo el campo dos dias, y vinieron á saludar al Virey todos los pueblos del valle de Tonalá, y á manifestar su lealtad para con los españoles, debiéndose este beneficio al venerable padre Fr. Antonio de Segovia, quien, como tan bienquisto de todos los habitantes de este valle, los habia conservado en la amistad y obediencia que debian al Rey de España, con sus pláticas santas y persuasivas. Despidió el Virey á esos pueblos despues de haberlos regalado, y acariciando á sus caciques, les encargó la perseverancia en su fidelidad para con

los españoles, y consecutivamente movió su campo marchando para el pueblo de Tequila, que está en el camino que va para Etzatlan y Aguacatlan. Antes habia destacado S. E. una compañía de soldados de á caballo, mandada por su capitán Miguel de Ibarra, con órden de correr toda la tierra inmediata al pueblo de Tequistitlan, por el rumbo del camino de Apanique hasta Amatitlan, para averiguar si en aquellas barrancas quedaban encastillados algunos indios enemigos. No se halló á ninguno de los alzados, ni rastro de indios de guerra, y el destacamento se dirigió adonde estaba el Virey, esto es, al pueblo de Amatitlan, y el capitán Ibarra dió cuenta de su comision. Al dia siguiente marchó el ejército para el pueblo de Tequila, y con su llegada se comenzaron á inquietar los indios, temiendo que les habian de castigar las muertes que hicieron entre el pueblo de Ayahualulco y Ameca, en el Portezuelo y en la serranía de Tequila, dándosela muy cruel á los venerables padres Fr. Antonio de Cuellar, guardian de Etzatlan, y Fr. Juan Calero. El Virey envió á llamar á dos de sus caciques principales, llamados D. Fernando y D. Diego, para enterarse de aquel hecho: comenzaron á disculparse, diciendo que no habian sido ellos sino los indios de Ameca los que habian martirizado á los frailes de Etzatlan: mandó S. E. asegurarlos

y que los llevasen á Etzatlan, donde se averiguaria todo. Al cabo de un dia de descanso, que se ocupó en registrar este pueblo de Tequila, habitado de cerca de dos mil indios, dirigió el Virey la marcha de su ejército para el pueblo del cacique Guaxicar, que habitaban más de tres mil indios, dispersos muchos en rancherías por el valle de la Magdalena, conocido en el dia por este nombre, ó por el de la Higuera, enfrente de la laguna de Etzatlan, y hizo alto el campo en la fuente que llaman de la Higuera. Desde allí envió el Virey otra compañía de caballería, con su cabo, á fin de explorar el estado de aquellos valles y barrancas, y saber si quedaban escondidos en ellas algunos indios rebeldes. Pasó el capitán con sus soldados por el pueblo de Guaxicar, que estaba distante una legua de la fuente de la Higuera, y lo halló todo despoblado, porque todos se habian metido en las barrancas del rio Grande: vadeáronle, y á la otra banda corrieron por la provincia de Jocotlan, y conocieron que los indios de toda ella estaban tan alborotados y tan encastillados en sus cerros, que era imposible acometerlos sino con muchas fuerzas, y así, se regresó el capitán con su compañía al cabo de tres á cuatro dias á dar cuenta al Virey de todo lo que habia observado. Consultó el Virey á sus capitanes, y se acordó, que no siendo posible allanar todas aquellas provincias de un

golpe, porque habia de costar mucho desalojar á los enemigos de unas sierras tan ásperas y empinadas, á peligro de sacrificar mucha gente española en expedición tan trabajosa, y más, que importando tanto á la presente un español, era cordura guardar el valor de tan pocos, que harto habian servido en la campaña para sujetar los rebeldes que habitaban los valles y llanos, porque al fin, vencidos éstos y formando en ellos villas y poblaciones, se aseguraria de los que estaban en las serranías con la mayor facilidad.

Quedó el encargo de lo resuelto en esta junta de guerra al teniente de gobernador D. Cristóbal de Oñate, y siguió el ejército su marcha para el pueblo de Etzatlan, que distaba de allí tres leguas buenas de camino. Salió á recibir al señor Virey el capitán Diego López de Zúñiga con todo su presidio, que por orden del Adelantado D. Pedro de Alvarado guardaba esta frontera de la Galicia. Lo mismo ejecutaron los caciques de este pueblo y provincia, que componia más de veinte mil indios de habitantes. Fué bien hospedado el Virey y su ejército en este leal pueblo, porque los de aquella provincia nunca se alzaron y siempre fueron fieles á los españoles. Pasados algunos dias de descanso que se dió á la tropa, llegó á noticia del Virey, que el capitán Juan de Villalva habia pacificado y sujetado todo lo de Culiacan

y de la Purificacion, y enteramente destruido las fuerzas de los alzados, y tambien cómo se volvia el general Francisco Vázquez Coronado de su expedición de Tzibola y gran Quivira, por no haber encontrado en aquellas regiones cosa de importancia que mereciese la pena de poblar y entablar algun comercio útil para la Nueva España. Sin embargo de estas noticias, en parte favorables, queria el Virey pasar al puerto y ir á batir el peñol de Aguacatlan para acabar de sosegarlo todo, y no verse en la obligacion de volver á salir de México á semejante pacificacion. Procuraron las personas principales del ejército disuadir á S. E. del intento, proponiéndole cuánto importaba su presencia en la Corte imperial de México; que estaban rendidas las principales fuerzas de los rebeldes; que lo que quedaba ya que allanar era ya muy poco, y se ofreció el capitán D. Cristóbal de Oñate tomar á su cargo lo de esta Nueva Galicia. Agradeció el Virey mucho el consejo, expresando que se retiraba á México lleno de confianza, y que no dudaba del valor de tan buenos capitanes, que se habian portado en las campañas y sitios de los peñoles de los rebeldes; pero les encargó que con la mayor brevedad asentasen la poblacion de la villa de Guadalajara y cuidasen de su mayor seguridad, sin dar lugar á que se reforzasen los enemigos en sus peñoles.

Despidióse el Virey de D. Cristóbal de Oñate y de los demás capitanes; dejó á los soldados del presidio que habia puesto en Etzatlan el Adelantado Alvarado toda la libertad en orden á retirarse ó quedarse allí. La misma facultad envió á los soldados de las fronteras de Autlan y Zapotlan, y demás que habia puesto de guarnicion el Adelantado. Algunos se quedaron, otros se fueron á México, y el capitan Diego López de Ayala y Zúñiga se quedó allí con bastantes soldados que se habian aficionado al país. El Virey D. Antonio de Mendoza, desde el pueblo de Etzatlan tomó el camino de México, y ántes de llegar á esa ciudad con su campo, volvió á pasar por Guayangareo, adonde dió las providencias conducentes para la fundacion de una ciudad que llamó Valladolid; despues pasó á México, donde se le hicieron grandes fiestas y solemnisimo recibimiento llevando en trofeo y en señal de triunfo como unos cinco mil indios cautivos, habiendo casi dos años que habia salido de la capital, y dejando tan pacificadas las tierras de la Nueva Galicia que hasta ahora no se han vuelto á alzar. Entre otras cosas bellisimas que hizo en aquella tierra fué el establecer el Consejo de Mesta, por lo mucho que el ganado se habia multiplicado y se iba aumentando, (*)

(*) Herrera, Década 7, lib. 5, cap. 2, mihi.

nombrando alcaldes con competente jurisdiccion para impedir los hurtos de ganados, fraudes en su compra, y otros delitos que se cometian cada dia en esta materia, teniendo sus juntas dos veces al año, bajo las mismas leyes y ordenanzas que en Castilla.